

Agatha  
Christie<sup>®</sup>

**CIANURO  
ESPUMOSO**

booket

# **Agatha Christie**

## Cianuro espumoso

Traducción de Guillermo López Hipkiss

# Capítulo 1

## Iris Marle

**I**ris Marle estaba pensando en su hermana Rosemary. Durante cerca de un año había intentado deliberadamente desterrar de sus pensamientos el recuerdo de Rosemary. No había querido acordarse.

Era demasiado doloroso, ¡demasiado horrible!

El semblante azul cianuro, los dedos convulsos, crispados... El contraste entre ésta y la bella y alegre Rosemary del día anterior... Bueno, alegre tal vez no. Había tenido un trancazo... Estaba deprimida, postrada. Todo eso había salido a relucir durante la investigación. La propia Iris había insistido al respecto. Eso explicaría que Rosemary se hubiese suicidado, ¿verdad?

Una vez terminada la investigación, Iris había intentado apartar el asunto de su mente con toda deliberación. ¿De qué servía acordarse? ¡A olvidarlo todo! A olvidar el horrible suceso.

Pero ahora se daba cuenta de que tenía que acordarse. Tenía que pensar retrospectivamente, recordar con mucho cuidado hasta el incidente que más ligero y exento de importancia pareciera...

La extraordinaria entrevista que anoche había tenido con George exigía que se acordara.

Había sido todo tan inesperado, tan aterrador... Un momento: ¿había sido tan inesperado? ¿No había habido señales previas? La creciente abstracción de George, su

distracción, sus incomprensibles acciones... su... bueno, su *rareza* era la única palabra que podía expresarlo. Conduciendo todo ello al momento de la noche anterior en que la había llamado al despacho y sacado las cartas de la carpeta de la mesa.

Así que ahora ya no tenía remedio. Era preciso que pensara en Rosemary, que recordara.

Rosemary, su hermana...

De pronto y con sobresalto, Iris fue consciente de que aquélla era la primera vez en su vida que pensaba en Rosemary. Es decir, que había pensado en ella objetivamente, como persona.

Siempre había aceptado a Rosemary sin pensar en ella ni de ella. Una no pensaba en su madre, ni en su padre, ni en su hermana, ni en su tía. Al haber ese grado de parentesco simplemente existían, sin que una lo pusiera en tela de juicio.

Una no pensaba en ellos como gente. Ni siquiera se preguntaba qué aspecto tenían.

¿Cómo había sido Rosemary?

Podría tener importancia ahora. Podría depender mucho de ello. Iris concentró sus pensamientos en el pasado. Rosemary y ella de niñas...

Rosemary tenía seis años más que ella.

Acudieron a sus recuerdos jirones del pasado, destellos fugaces, escenas cortas. Ella, de pequeña, comiendo cereales con leche, y Rosemary, revestida de importancia con sus trenzas, haciendo sus trabajos escolares en la mesa.

La playa en verano. Iris envidiaba a Rosemary, que era «mayor» y sabía nadar.

Rosemary en el internado; en casa durante las vacaciones. Luego, ella en la escuela y Rosemary en París, terminando su educación. La colegiala Rosemary, desgarbada,

toda brazos y piernas. La Rosemary con sus estudios acabados, de regreso de París, con una elegancia nueva, extraña y que daba miedo; su voz dulce; de cuerpo grácil, ondulante; cabello cobrizo y ojos grandes azul oscuro, bordeados de negro. Una criatura turbadora, hermosa, hecha ya mujer, en un mundo distinto.

Desde aquel momento se habían visto muy poco. La diferencia de seis años de edad parecía haber adquirido máximas proporciones, ensanchando aún más la brecha entre ambas.

Iris todavía asistía a la escuela. Rosemary se hallaba en plena «temporada» de sociedad. Aun después de haber regresado Iris a casa, la laguna persistió. Rosemary se levantaba tarde, tomaba refrigerios con otras recién presentadas en sociedad, asistía a bailes todas las noches. Iris tomaba lecciones con mademoiselle, salía a dar paseos por el parque, cenaba a las nueve y se acostaba a las diez. La relación entre las dos hermanas se había limitado a un breve intercambio de frases, como por ejemplo:

—Hola, Iris. Pide un taxi por teléfono, ¿quieres? Voy a llegar fantásticamente tarde.

O bien:

—No me gusta ese vestido nuevo, Rosemary. No te sienta bien. Es demasiado recargado.

Luego, los sponsales de Rosemary y George Barton. Emoción, compras, montones de paquetes, vestidos de dama de honor.

La boda. La marcha por la nave de la iglesia tras Rosemary escuchando susurros:

«¡Qué bellísima está la novia...!»

¿Por qué se había casado Rosemary con George? Ya por entonces, a Iris le había sorprendido un poco. ¡Eran tantos los jóvenes que llamaban a Rosemary por teléfono y la llevaban a pasear...! ¿Por qué escoger a George Bar-

ton, quince años mayor que ella, bondadoso, agradable, pero francamente aburrido?

George tenía una buena posición, pero no era cuestión de dinero. Rosemary tenía dinero propio y en abundancia.

El dinero de tío Paul...

Iris escudriñó cuidadosamente su memoria, tratando de hallar la diferencia entre lo que sabía ahora y lo que había sabido entonces. ¿Tío Paul, por ejemplo?

En realidad, no era su tío, eso siempre lo había sabido. Sin que nadie se lo hubiera dicho concretamente, conocía ciertos detalles. Paul Bennett había estado enamorado de su madre. Ésta prefirió casarse con otro pretendiente más pobre. Paul Bennett había aceptado su derrota con romántica resignación. Había seguido siendo el amigo de la familia y, adoptando una actitud de amor romántico y platónico, se había convertido en tío Paul y en padrino de la primogénita, Rosemary. A su muerte se descubrió que había legado toda su fortuna a su ahijada, que contaba entonces trece años.

Rosemary, además de ser bella, era rica. Y se había casado con el simpático pero aburrido George Barton.

¿Por qué? Iris se lo había preguntado a sí misma por aquel entonces. Se lo preguntaba ahora. Iris no creía que Rosemary hubiese estado jamás enamorada de él. Pero había parecido ser muy feliz en su compañía y profesarle cierto afecto, sí, bastante afecto. Iris había tenido oportunidades de comprobarlo, porque su madre, la hermosa y delicada Viola Marle, había muerto un año después de la boda; Iris, que tenía a la sazón diecisiete años, se había ido a vivir con Rosemary Barton y su esposo.

Una muchacha de diecisiete años. Trató de evocar su propia imagen. ¿Qué aspecto había tenido? ¿Qué había sentido, pensado y visto?

Llegó a la conclusión de que la joven Iris Marle había dado muestras de un desarrollo tardío; no pensaba, acep-

taba las cosas como se presentaban. ¿Había despertado en ella rencor, por ejemplo, el hecho de que su madre se mostrara tan absorta en Rosemary en los primeros tiempos? En conjunto, le parecía que no. Había aceptado sin vacilar el hecho de que Rosemary era la importante. Rosemary había hecho su entrada en sociedad y, naturalmente, la madre se concentraba, hasta donde su delicada salud se lo permitía, en la hija mayor. Muy natural. Ya le tocaría a ella más adelante. Viola Marle había sido siempre una madre algo distante, que se preocupaba principalmente del estado de su salud. Dejaba a las niñas en manos de ayas, institutrices y colegios, pero las fascinaba invariablemente en los fugaces instantes en que se cruzaba en su camino. Hector Marle había muerto cuando Iris tenía cinco años. El conocimiento de que bebía más de lo conveniente se había infiltrado en ella con tal sutileza que ya no tenía la menor idea de cómo lo había adquirido.

A los diecisiete años, Iris Marle aceptó la vida tal cual se le presentaba. Lloró a su madre, se vistió de luto y se fue a vivir con su hermana y su cuñado a la casa de Elvaston Square...

A veces se había aburrido soberanamente allí. Iris no había de ser presentada oficialmente en sociedad hasta el año siguiente. Entretanto, tomaba clases de francés y alemán tres veces a la semana y asistía también a clases de economía doméstica. A menudo no tenía nada que hacer ni nadie con quien hablar. George era bondadoso, invariablemente afectuoso y fraternal. Jamás había cambiado su actitud. Igual que ahora.

¿Y Rosemary? Iris había visto muy poco a Rosemary, pues su hermana paraba muy poco en casa. Modistas, reuniones, bridge...

Puesta a pensar, ¿qué era lo que sabía de Rosemary en realidad? ¿De sus gustos, esperanzas y temores? Asustaba lo poco que podía una llegar a saber de una persona con la

que había estado conviviendo. Poca o ninguna intimidad había existido entre las dos hermanas.

Pero ahora tenía que pensar. Tenía que recordar. Podría ser importante.

Desde luego, Rosemary había parecido bastante feliz. Hasta aquel día, una semana antes de que ocurriese.

Ella, Iris, jamás lo olvidaría. Resultaba entre los otros días diáfano como un cristal, cada detalle, cada palabra. La brillante mesa de caoba, la silla retirada de la mesa, la característica escritura precipitada...

Iris cerró los ojos y evocó la escena.

Su entrada en la salita de Rosemary, su brusca parada.

¡La había sobresaltado tanto... lo que vio! Rosemary sentada ante su escritorio, la cabeza apoyada en los brazos extendidos, Rosemary llorando con desesperación. Nunca había visto llorar a su hermana hasta entonces. Y aquel llanto amargo y violento la asustó.

Cierto que Rosemary había tenido una fuerte gripe. Se había levantado un día o dos antes. Y todo el mundo sabe que la gripe la deja a una deprimida. No obstante...

Iris había exclamado, con su voz infantil llena de sobresalto:

—¡Oh, Rosemary! ¿Qué ocurre?

Rosemary se había erguido y había apartado el cabello de su desfigurado semblante. Luchando por recobrar su aplomo, había dicho apresuradamente:

—¡No es nada... nada..., no me mires así!

Se puso de pie, pasó junto a su hermana y salió corriendo de la habitación.

Extrañada por ese disgusto mayúsculo, Iris se internó más en el cuarto. Su mirada, atraída hacia el escritorio, vio su propio nombre escrito de puño y letra de su hermana. ¿Había estado Rosemary escribiéndole a ella?

Se acercó más, contempló la hoja azul y la escritura grande, ancha, característica, más desparramada que de

costumbre debido a las prisas y a la agitación de la mano que había guiado la pluma.

*Queridísima Iris:*

*Es innecesario hacer testamento, puesto que heredarás mi dinero de todas formas, pero me gustaría que algunas de mis cosas fueran para determinadas personas.*

*Para George, las joyas que él me regaló y la arquilla esmaltada que compramos juntos cuando nos prometimos.*

*A Gloria King, mi pitillera de platino.*

*A Maisie, mi caballo de porcelana china que siempre ha admir...*

Terminaba allí con un garabato trazado sin duda por la pluma, tras soltarla Rosemary y romper a llorar.

¿Qué significaba? Su hermana no iría a morirse, suponía. Había estado muy enferma, pero ya se encontraba bien. Además, nadie se moría por un resfriado. Es decir, a veces sí se morían. Sin embargo, Rosemary no se había muerto. Ahora se encontraba perfectamente, sólo un poco débil y alicaída.

La mirada de Iris volvió a recorrer las líneas y esta vez una frase destacó entre todas ellas con un efecto inquietante:

*«... heredarás mi dinero de todas formas...».*

Era la primera noticia que tenía acerca de las condiciones del testamento de Paul Bennett. Sabía desde niña que Rosemary había heredado la fortuna de tío Paul, que era rica, mientras que ella era relativamente pobre. Pero hasta aquel instante nunca se le había ocurrido preguntar qué sería de aquel dinero al morir su hermana.

De habersele preguntado, hubiera respondido que suponía que iría a parar a manos de George, puesto que era

su esposo. Pero habría agregado que resultaba absurdo pensar que Rosemary pudiera morir antes que George.

Ahí estaba, sin embargo, claramente escrito de puño y letra de Rosemary. A la muerte de su hermana, ella, Iris, heredaría el dinero. Pero ¿era posible que eso fuese legal? El marido o la mujer heredaban, no la hermana. A menos, naturalmente, que tío Paul lo hubiese dispuesto así en su testamento. Sí, eso debía de ser. Tío Paul había dicho que, de morir Rosemary, el dinero pasaría a sus manos. Así resultaba la cosa algo menos injusta...

¿Injusta? Tuvo un sobresalto al surgir la palabra en sus pensamientos. ¿Había estado pensando que era injusto que Rosemary heredara todo el dinero de tío Paul? Supuso que en su subconsciente era eso lo que había estado pensando, en efecto. Sí que era injusto. ¿Por qué tío Paul tuvo que dárselo todo a Rosemary?

¡Rosemary siempre lo tenía todo!

Fiestas, vestidos, pretendientes y un marido que la adoraba.

¡Lo único poco agradable que a Rosemary le había ocurrido en su vida era haber pillado la gripe!, y aun eso no la había enfermado durante más de una semana.

Iris vaciló de pie junto al escritorio. Aquella hoja de papel... ¿Quería Rosemary que estuviera allí para que la viese toda la servidumbre?

Después de un leve titubeo, la recogió, la dobló y la metió en uno de los cajones de la mesa.

La encontraron allí después de la fatal fiesta de cumpleaños y se convirtió en una prueba adicional —si es que era necesaria alguna prueba— de que Rosemary se había encontrado deprimida y turbada después de su enfermedad y de que posiblemente ya había estado pensando en suicidarse.

«Depresión tras una gripe.» Tal fue el dictamen emitido al celebrarse la investigación judicial, motivo que la

declaración de la propia Iris contribuyó a establecer. Motivo inadecuado quizá, pero el único posible. Por consiguiente, fue aceptado. La gripe había sido bastante maligna aquel año.

Ni Iris ni George Barton hubieran podido sugerir ningún otro motivo... por aquel entonces.

Ahora, pensando retrospectivamente en el incidente de la buhardilla, Iris se preguntó cómo podría haber sido tan ciega.

¡Debía de haberse estado desarrollando todo el asunto ante sus propias narices! ¡Y ella no había visto nada, nada había notado! Su mente saltó por encima de la tragedia de la fiesta de cumpleaños. ¡No había necesidad de pensar en eso! Aquello ya había pasado. Era preciso desterrar el horror de aquello. Y de la investigación, y del contraído rostro de George. Y de sus ojos inyectados en sangre. Mejor sería pasar al incidente del baúl de la buhardilla.